

La vida elegante en la capital imperial 1864-1867

Arturo Aguilar Ochoa¹

Ala llegada de los emperadores, la ciudad de México, capital del nuevo Imperio, tenía una población que oscilaba entre los 200,000 o 220,000 habitantes, si tomamos en cuenta los suburbios que estaban ya conectados a la capital; por lo tanto era la concentración más grande de todo el país, pues otras ciudades, como Guadalajara o Puebla, no llegaban a una población superior a 100,000.

Los límites seguían siendo casi los mismos que se tenían cuando se consumó la Independencia, es decir, al norte con los barrios de La lagunilla y Tepito, y la garita de Peralvillo; al sur con la garita de San Antonio Abad y la calzada de la Piedad (en donde ahora estaría el Viaducto Miguel Alemán y Tlalpam); al oeste el Paseo de Bucareli y la Ciudadela, y al este con el barrio de San Lázaro y la garita del mismo nombre. Sin embargo, era un hecho que la ciudad empezaba a crecer por todos estos límites y, por una extraña circunstancia, que

¹ Doctor en Historia del Arte. Actualmente se desempeña como Profesor de tiempo completo en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” de la BUAP. Ha sido profesor de la Universidad de las Américas Puebla en el Departamento de Relaciones Internacionales y profesor invitado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y de la Escuela del Hábitat de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Entre sus publicaciones destaca “El taller de Ignacio Cumplido en la ciudad de México”, en el libro *Historia de la vida cotidiana en México*, coeditado por el Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica, 2004; “La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana” en el número 76 de *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* de la UNAM. Además de varios artículos en revistas. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores (SNI) nivel II y su área de especialización es el siglo XIX en México, especialmente la historia de la litografía, del grabado y la fotografía mexicana.

rige la historia de la casi todas las urbes modernas, el crecimiento de las zonas elegantes se realizaba en México, al igual que en Londres y París, en dirección hacia el oeste. Era hacia el convento de San Fernando, la calle de puente de Alvarado o los barrios arbolados de San Cosme, y Santa María la Rivera, donde algunos fraccionadores habían delimitado nuevos barrios, además que empezaban a construirse algunos palacetes o casas modernas, junto a las que ya existían como el Palacio de Buenavista, regalado ahora al mariscal Bazaine (hoy Museo de San Carlos). También era hacia esta zona donde se habían creado sitios de recreo como el amplio parque conocido como El Tívoli del Eliseo (hoy esquina de Puente de Alvarado e Insurgentes) con restaurantes, sala de boliches, cascadas y quioscos de diversos tamaños. Muy cerca se encontraba la llamada Alberca Pane (Reforma y Avenida Morelos), que atraía multitud de personas, sobre todo en época de calor o en el día de San Juan.

No obstante, la mayoría de los ricos mexicanos vivían en el centro de la ciudad, en las calles más cercanas al zócalo como la de Plateros y San Francisco (Madero), Alcaicería (Palma), La Cadena y Capuchinas (Venustiano Carranza), Chavarría (Donceles y Justo Sierra), Tacuba, o incluso a las calles aledañas a la Alameda central, como las calles del Calvario (Av. Juárez) o la Santa Veracruz (Av. Hidalgo). Las mansiones por tanto estaban dispersas y bien podemos decir que no existía un barrio exclusivo para los ricos, como sucederá después en el Porfiriato con las colonias Juárez o Roma; o como sucedía entonces en Londres con los barrios de Belgravia o Mayfair, que concentraban a la aristocracia, explicable por lo grande de la metrópoli con más de 2 millones de habitantes. En la ciudad de México con una concentración más pequeña, la buena ubicación la señalaban la cercanía al comercio del lujo, las plazas más importantes o incluso los conventos más destacados de la ciudad como el de San Francisco o el de las Capuchinas en la calle del mismo nombre, pero desde luego no era una regla.

El estilo de las casas mexicanas

Las casas de los ricos mexicanos o la llamada aristocracia, —formada por hacendados, prósperos comerciantes, oficiales del ejército con propiedades, altos funcionarios del gobierno, abogados, mineros y algún otro industrial y empresarios— eran todavía los viejos palacios heredados de la colonia, amplios y pesados, hechos con materiales de piedra como el tezontle o la roja piedra chiluca, provistos de balcones de hierro a la calle, con viejos zaguanes y porto-

nes de madera, mucho de ellos labrados con barrocas formas, pero que a decir de algunos viajeros, como madame Calderón de la Barca, tenían el defecto de los acabados, y que hacían aparecer estas residencias “como si el palacio se hubiera cruzado con el granero”, nada parecido al lujoso hotel parisiense con techo de dos aguas, mansarda y buhardillas o la residencia londinense de enlucido blanco con porche y trinchera al frente. Ejemplos de estas viejas mansiones había muchas en la capital imperial, como el Palacio de los Condes de Santiago de Calimaya, cerca del Hospital de Jesús, el Palacio de los Condes de Heras Soto, de los Condes de Miravalle o de los Condes de Regla, incluso la nueva burguesía, como las familias de los Escandón, los Rubio, Mier o los Beistegui, no desdeñaban vivir en esos viejos caserones, o habían construido sus residencias en el mismo añejo estilo; y aunque se tenían algunos palacios neoclásicos como el del Apartado (en la esquina de Cordovanes y Donceles) o el de Buenavista, la disposición de ellos eran casi siempre la misma y hacia el interior; herencia de una tradición que se remontaba desde la época romana o árabe, las casas estaban construidas sobre una planta rectangular alrededor de la cual se encontraban uno o dos patios que formaban los corredores, tanto los de abajo como los de arriba sostenidos por pesados arcos; además, desde luego con columnas y el barandal de hierro que circundaban el corredor de la parte alta. En el piso bajo se encontraban las habitaciones de la servidumbre, la primera atravesando el zaguán era la del portero que vivía en la residencia regularmente con su familia, después la de otros criados, además de las bodegas, cuartos de lavado, de servicio, los establos para los caballos y mulas; la cochera que albergaba los carruajes y que podían estar en este primer patio enlosado o incluso en uno segundo. En esta parte también se encontraba el área de las letrinas, en donde además de estar los retretes se vaciaban “las tazas de noche” o bacinicas.

Algunas de estas mansiones tenían lo que se conocen como entresuelos con varias habitaciones, los cuales eran alquilados a personas ajenas a la familia, lo mismo que las accesorias que daban a la calle, aunque cada vez era más raro y estas secciones eran habitadas o utilizadas por los propietarios. En la parte alta se encontraban, sin excepción, las habitaciones principales, en donde vivía la familia, regularmente era en esta sección donde se desbordaba y se hacía ostentación de la riqueza familiar. El corredor alto, al que se subía por una enorme escalera, estaba adornado como un jardín interior con lujosos tibores de porcelana, algunos traídos del oriente, como de China, o macetas de talavera donde sobresalían plantas y flores cuyo cuidado ocupaban la atención de las mujeres de la casa, lo mismo que la infinidad de jaulas con pájaros que alegraban el ambiente. Tanto el aroma de las rosas, las camelias o los geranios, como

el canto de las aves, hacían agradable el llegar a este lugar, en donde el visitante era recibido por la anfitriona de la casa.

Pero dejemos que un autor de la época nos describa esta sección, al hablar de uno de estos palacetes, en su novela *Clemencia*, y en este caso no en la ciudad capital, sino en Guadalajara, donde se repetían los estilos. El autor Ignacio Manuel Altamirano nos dice que desde el patio bajo la elegancia sobresalía, pues:

[...] los naranjos, los limoneros y las magnolias del patio (bajo) que estaba perfectamente iluminado se ostenta con toda la frescura y la lozanía de la primavera.

Una fuente graciosa de mármol, decorada con una estatua, se levanta en medio, y alzándose apenas dos pies del suelo salpica con sus húmedas lluvias una espesa guirnalda de violetas y de verbenas... Aquello no es un jardín pero es lo bastante para dar al patio un aspecto, alegre y elegante.

Se sube al piso superior por una escalera ancha, con una balaustrada moderna, y cuyos remates y pasamanos de bronce son de un gusto irreprochable. Cuatro corredores anchos también cubiertos con tersas losas de un color ligeramente rojo, se presentan a la vista al acabar de subir la escalera y forman un cuadro perfecto en el piso principal. El techo de estos corredores, cuyo cielo raso está pintado con mucho arte, se halla sostenido por columnas de piedra ligeras, áreas y elegantes que aparecen adornadas con hermosas enredaderas. Y en los barandales de hierro y al pie de ellos, se encuentran dos hileras de macetas de porcelana, llenas de plantas exquisitas, camelias bellísimas, rosales, mosquetas, heliotropos, malva-rosas, tulipanes y otras flores tan gratas a la vista como al olfato.

Y las jaulas con cenizales, con jilgueros, con clarines, con canarios, entre las cortinas que forman la flor de la cera y la ipomea azul, y hermosos tибores de Japón conteniendo alguna planta más exquisita [...] ²

Y como señala la condesa Paula Kolonitz, después del corredor se pasaba al salón principal o la sala, la cual en la casa de los ricos estaba pomposamente adornada en ocasiones con papel tapiz importado de Europa, lo mismo que los sillones, mesas y sofás con acabados de madera en cedro, tapizados de las más exquisitas telas, la alfombra también era regularmente de un alto costo, al igual que las lámparas de alabastro o cristal cortado que pendían del techo y donde el piano presidía el lugar, muchos de ellos de cola fabricados por la prestigiosa casa inglesa de Broadwood. Todo este espacio estaba además realizado

² Ignacio M. Altamirano, 1993, p. 205.

con exquisitas pinturas, algunas originales de maestros europeos o mexicanos, como los directores de la Academia de San Carlos, el maestro Pelegrín Clave que había realizado muchos retratos de estos señores aristócratas, o paisajes del pintor italiano Eugenio Landesio, a más de gabinetes incrustados de oro, porcelanas de Sevres, esculturas de mármol, espejos venecianos con marcos costosos o infinidad de objetos que acusaban la riqueza y el buen o mal gusto del propietario. En resumen, muebles a la última moda europea, nada parecido a los antiguos estrados coloniales, con pesadas telas como el damasco antiguo, con toscas sillas de sentar, taburetes y cojines recargados de adornos. El salón era ahora muy parecido al de cualquier casa europea, al menos en el tipo de muebles y, además, era la parte más iluminada de la casa, pues los balcones daban a la calle, regularmente abiertos en el día, con cortinas de telas ligeras, y cerrados con vidrieras y puertas de ricas maderas en la noche. La condesa Kolonitz también señala que en algunas casas se ponía “[...] a la izquierda o la derecha del sofá [...] escupideras de mármol blanco sobre un pedestal de madera. Es posible que no sea sino la reminiscencia del tiempo en que todas las señora vivían, de la mañana a la noche con el puro en la boca; pero ahora fumar ha pasado de moda entre las damas y hasta se reprueba”.³ No siempre se encontraban escupideras en las mansiones mexicanas, lo importante es destacar que para la época del Segundo Imperio, fumar había pasado de moda entre las señoras de la aristocracia, como lo constata la condesa Paula Kolonitz quien frecuentó a la alta sociedad y aunque no se fumaba puros sino cigarros, es un hecho que las damas ya no acostumbraban fumarlos, al menos en público, y solo muy pocas. Ninguna memoria de los extranjeros menciona esa costumbre tan común en la colonia y hasta bien entrado el siglo XIX, por lo tanto las leyendas que se siguen contando sobre esto, son otras más de las muchas mentirosas fantasías que se han mencionado sobre la época o los emperadores.⁴

Las demás piezas en la parte alta, lo ocupaban el comedor, ordinariamente junto a la cocina, conectados por un torno en donde se cambiaban las viandas y los platos, sin que ninguna mano apareciera. Y aunque en esta parte los ricos también habían importado muebles europeos, con comedores, sillas y aparadores traídos de Francia, pese a ello Paula Kolonitz criticaba que “[...] las mesas

³ Paula Kolonitz, 1984, p. 113.

⁴ Entre los múltiples escritores que han mencionado esa anécdota se encuentra Miguel de Grecia, 1999. Este autor menciona, desde luego sin ningún fundamento, que a la llegada de los emperadores a Veracruz, la señora Almonte sacó de su vestido un paquete de cigarros y lo ofreció a la emperatriz, p. 132.

de muchos pomposos señores me parecieron miserablemente arregladas”.⁵ Las razones ella misma las aclara, pues menciona que los mexicanos no conocían el lujo de las telas de lino, especialmente para los manteles; y desde luego intuimos que los servicios de mesa, para café o té, les faltaba, para su gusto, la plata fina en la cuchillería, las vajillas de porcelana de Limoges y los centros de mesa tan comunes en los palacios europeos. Lo mismo critica las recamaras a las que según ella “les falta a menudo limpieza y elegancia, y las exigencias de reducen a pocas “camaruchas”. En una de ellas vi dormir a una madre con cinco o seis hijos”.⁶ Desde luego esto es una generalización que debemos tomar con reserva, pues estos aposentos también tenían cierto lujo, las camas de latón dorado con tambor y colchones ingleses eran muy comunes en las recamaras, la ropa de cama era riquísima pues regularmente las señoras bordaban las fundas de almohadas y el filo de las sabanas. En este aposento se encontraban los roperos de caoba con amplias lunas y cajones a los lados, además del aguamanil de porcelana para lavarse las manos y la cara, junto con los tocadores de las señoras que lucían un gran espejo y exhibían multitud de objetos para el adorno de pelo, como peines, peinetillas, horquillas, perfumes, cremas, aguas de colonia y pomadas, entre muchas cosas más.

Las bañeras o “placeres” no necesariamente estaban en las recámaras, sino en pequeños cuartos cercanos a las cocinas con grandes tinas de madera o de mosaicos empotrados, que los criados llenaban con agua caliente. La cocina de la casa, regularmente estaba adornada con mosaicos encima de un fogón que se alimentaba de carbón o leña, una olla de barro para el agua y multitud de cazuelas, jarros, vasos y cucharas de madera colgando en las paredes; el metate no podía faltar aun en las casas de la “gente decente”, pues tanto el rico como el pobre comían tortillas u otros platillos derivados del maíz, como los tamales o el atole, pero esta sección poco la conocían las señoras, pues era lugar sólo para las galopinas y las cocineras. Algunas de estas mansiones tenían su propio oratorio o capilla con todo y un retablo de madera dorada, aunque no era la común, lo mismo que las bibliotecas, las cuales no siempre se tenían o eran muy pequeñas. Finalmente, la azotea era otra parte importante, a veces conectada con las casas de los vecinos y dado que todas eran planas sin techos de dos aguas como en Europa, se utilizaban también para esparcimiento de la familia, como terrazas en las noches de luna o para ver desde ahí desfiles o procesiones.

⁵ Paula Kolonitz, 1984, pp. 112-113.

⁶ *Idem.*

La amplitud de estas residencias correspondía con lo numeroso de las familias mexicanas, pues además existía la tendencia a tener un gran número de hijos, que podría llegar hasta 12 o 15, vivían, a veces, bajo la protección del patriarca, familiares cercanos que podrían agregarse, como suegras, tías o hermanas mayores solteras, lo que ocasionaba un gran movimiento a todas horas, ya que se necesitaba un gran número de sirvientes para mantener la casa. Sin contar al portero que era quien abría y cerraba la casa con una tranca de madera, era necesario tener varias recamareras —que además de limpiar, eran habilísimas para coser y recamar—, nanas cuando se tenían muchos niños, lacayos, cocheros, lavanderas, cocineras y galopinas, según la condesa Kolonitz, las cocineras habitaban fuera de la casa y daban de comer a varias familias.

Dado lo bajo de los salarios a los sirvientes y la abundancia de mano de obra, las casas de este tipo podían llegar a tener hasta 20 o más criados. Desde luego el uso de algún uniforme era desconocido para la servidumbre, la cual usaba sus trajes comunes. Muchos de estos servidores habían entrado a la casa desde muy pequeños, en ocasiones hijos de los sirvientes más grandes, y por eso a la condesa Kolonitz le sorprendía que se les tratara cordialmente y “hasta con familiaridad”, y que los criados llamaran a los de la casa, aunque ya fueran adultos, “niño” o “niña”, costumbre por demás muy mexicana. Un microcosmos que ahora se nos haría más parecido a un castillo feudal.

La vida de gran tono en la capital

El día comenzaba para los elegantes regularmente tarde, pues algunos de los que habitaban las grandes mansiones se habían acostado después de las 12. Mientras los sirvientes empezaban el trajín de la casa, encendían el fogón y recibían al carnicero, el lechero, el aguador o el carbonero que repartían estos productos casa por casa, las damas que no habían asistido al teatro o se habían desvelado en alguna tertulia, asistían a misa desde muy temprano, iniciando así la jornada de la vida elegante.

Las campanas de los templos habían vuelto a tocar después de las prohibiciones de los gobiernos liberales, y su sonido anunciaba las actividades a todos los habitantes, dando ese ambiente tan característico de los países católicos en ese entonces. Las iglesias abrían desde las 6 o 7 de la mañana, y las que frecuentaba la aristocracia eran las más limpias, como la de San Francisco (por cierto muy destruida por la piqueta de la Reforma desde 1861 en sus cuatro capillas), La Profesa, Santo Domingo, la Catedral o incluso alguna alejada del

centro, como la de Regina; aunque en estas prácticas diarias se prefería la más cercana al domicilio.

El atavío de mañana no había cambiado desde la colonia, así que las señoras salían a pie con el libro de oración, costosos rosarios y la ampulosa saya hecha de terciopelo, *moiré* antiguo o seda y cubiertas la cabeza con la rica mantilla de blonda o encajes de Bruselas, que llegaban a costar hasta quinientos pesos, el color preferido era el negro. Es por ello que las veladas figuras de las damas llamaban la atención de los extranjeros, confundidas entre la multitud de vendedores y gente del pueblo, pues era raro que alguna usara sombreros a esta hora. Aunque la moda francesa se ha introducido completamente para otros ámbitos sociales, como adelante veremos, el uso de la mantilla había vuelto a llevarse con más frecuencia.⁷ Si en los hombres de las clases altas el uso del traje de charro era un símbolo de nacionalismo y de identidad, en las mujeres será este atuendo, propio de la mañana, la que las remite a su origen ibérico, y por ello la misma emperatriz Carlota no desdeñó en usar en varias ocasiones la mantilla de encaje. La asistencia a la iglesia es también la ocasión para que muchas jóvenes pudieran ver a algún pretendiente a las puertas del templo, en la misa o al salir de ella, aunque estas furtivas miradas entre los enamorados no eran las únicas durante el día. Pese al lujo de las damas todavía se tenía la arcaica costumbre de no permitir que las mujeres se sentaran en los templos y solo se podían arrodillar en el suelo, frecuentemente sucio, y en donde no era extraño que deambularan perros, mujeres indígenas con verduras y niños, además de los innumerables limosneros.

Igualmente, algunos señores se levantaban temprano y tomaban un ligero desayuno, con pan, café o chocolate mientras leían el periódico, los nacionales como *El Siglo Diez y Nueve*, *La Sociedad*, o los franceses como *La Estafette*, *La Ere Nouvelle* o *El Diario del Imperio*; incluso hasta alguno que sobreviviera a la censura, como el de caricaturas conocido como *La Orquesta*. Otros, regularmente los más jóvenes, empiezan el día con largas caminatas a caballo para hacer ejercicio y ver el paso de las damas. Después cada quien decidía sobre las diferentes actividades, ya sea que se asista a la Alameda Central, en donde una banda de música compuesta de soldados franceses tocaba de las 8 a las 10 de la mañana de ciertos días,⁸ y en otros una banda de soldados austriacos; es también el momento en que se contestan cartas o recados, se dan instrucciones a los criados, se recibe a algún administrador de la hacienda, se atiende a los

⁷ Marcos Arroniz, 1991, pp. 134-135.

⁸ José C. Valadés, 1977, p. 104.

niños de la casa o se arregla algún asunto de negocios urgente en La Lonja, en los despachos de abogados o ministerios del Palacio Imperial. Lo común es que, como símbolo de estatus, los señores de las clases altas no tienen que cumplir un horario estricto y muchos de ellos no trabajan, pues viven de sus rentas. Pero quizás esta hora, antes del almuerzo, era la más adecuada para realizar el baño diario, ya sea en los baños públicos, de los cuales había muchos en la ciudad, o en los que tienen cada casa, especialmente la de los ricos.

La condesa Paula Kolonitz menciona que con “mucha frecuencia se ve a las mexicanas con la rica cabellera suelta a la manera de manto [...] pasear por la terraza de su casa para secarla”, e incluso lamenta que “este diario lavado de los cabellos tiene la desventaja de que pierden su finura e igualdad [...]”.⁹ Sin duda su visión es la de una mujer europea del norte, donde, a diferencia de México, el baño diario no era una costumbre usual en la época.

Se completaba la mañana después del baño con el arreglo del traje que, en el caso de los señores, implicaba que un barbero los afeitara y les cortara el pelo a la moda. Las largas patillas, las barbas y los bigotes con mostachos estilos Napoleón III son ahora comunes. Ayudado por la señora o un criado, se ponen una camisa blanca de batista de amplio cuello, alrededor del cual enrolla una alta corbata de seda, y luego un chaleco sencillo, pues los multicolores de seda y terciopelo han pasado de moda, lo mismo que las cadenas y joyas que ahora son de mal gusto. Todo se completa con el traje a la inglesa, una suerte de cruce entre la levita y el frac, porque el faldón arranca desde la cintura (como en una levita), pero dibuja una diagonal hacia la espalda (como en un frac); y las levitillas o levitas cortas, cuyo aspecto, aunque todavía no su corte, las hace equivaler a los actuales blazer. Después se enfundan en unos pantalones que ahora son holgados diseñados con tejidos de cuadros y rayas, como podemos ver en las fotografías de varios ministros del emperador, como José Escudero Echanove, José Fernando Ramírez o Teodosio Lares, entre otros personajes.

Pero si el arreglo de los caballeros es relativamente sencillo y se ha vuelto muy austero, a las damas les llevaba mucho más tiempo completar su atuendo de día. El peinado era confiado, dada su complicación, a un peluquero experto y extranjero, como los famosos Broca, Luis Delbos o Enrique Escabasse,¹⁰ muchos de los cuales van a la casa de las señoras para peinar a varias de ellas en el mismo día, o se recurre a alguna doncella, que pone una castaña —especie de redecilla ahora muy de moda—, o alguno de esos complicados peinados

⁹ Paula Kolonitz, 1984, p. 105.

¹⁰ *Directorio del Comercio del Imperio Mexicano*, 1992, p. 294.

con tirabuzones e incluso cuernos en la cabeza, hecho con postizos de cabello natural. Algunos peluqueros no dudan en anunciar que peinarán a cualquier dama, estilo “emperatriz Carlota”. Después de eso hay que poner las enaguas y el corsé de ballenas para dar una figura esbelta de la cintura para arriba, en ambos casos siempre es necesario la ayuda de alguien, sobre todo para el corsé, al que hay que apretar lo suficiente sin que llegue a lastimar. Las enaguas son de aros flexibles, conocidas como crinolina, que dan una gran amplitud a las faldas, pero que no dejan de tener sus inconvenientes, por ejemplo, como cuando hay mucho viento o cuando dos damas quieren pasar al mismo tiempo por un lugar estrecho; las señoras deben de ser muy conscientes ahora de sus movimientos, ya que este aparato se balancea como un inquieto globo a un lado u al otro, el subir simplemente al carruaje implica una serie de malabares para no enseñar las piernas o los zapatos. Estos ya no son los zapatos bajos hechos de tela como el raso y amarrados con listones, conocidas como cáligas, para la época del Segundo Imperio, la moda ha dispuesto que las señoras usen unas botas atadas con cintas o botones tan caros que a veces llegan a costar hasta 20 pesos. Interesante es notar que la crinolina para entonces ha empezado a correrse hacia atrás y ya no forma un círculo perfecto, sino que ahora el vestido empieza a formar largas colas que arrastran en el piso y que es motivo de burla para los caricaturistas de la época, pues dicen que ya no es necesario pagar el servicio de limpieza.

Después de la ropa interior, toda dama se enfunda un vestido de costosas telas, como el raso, el terciopelo, el gros y tafetán, propias para los vestidos de día, hechos a medida, que no desdeñan en usar adornos como alamares o azabaches. Las modistas más afamadas son las francesas Coralía Devaux, que tiene su casa en la calle de San Francisco, Clotilde Montauriol, en Plateros 1, Emilia Alis, en Plateros 5, Hortencia Lebrus, o algunas mexicanas como Luisa Clavel, en Plateros 9, o Angela Rodríguez, en San Francisco 6; aunque la conocida madame Celina, en Plateros 4, es la decana de todo este grupo y es frecuentada por un gran número de señoras elegantes.¹¹ En todas estas casas, la revista española conocida como *La Moda Elegante*, es el punto de referencia para el último grito de la moda, reseñando vestidos de novia, de calle, de paseo o los lujosos de noche, entre otros mil aditamentos, como encajes, guantes, flores, postizos, etcétera.

Muchas de estas casas, desde luego, presumían que podían traer a alto costo y, exhibir en sus aparadores, los últimos modelos del modisto más famoso

¹¹ *Ibidem*, p. 292.

en Europa en ese entonces: Charles Frederick Worth, quien tiene su taller en la Rue de Paix y viste a personajes como la emperatriz Eugenia de Montijo, la princesa Alejandra de Gales o la emperatriz Isabel de Austria, la famosa “Sisi”. La etiqueta con la firma del modisto, era la mejor prueba de autenticidad, pues fue él quien inició esta costumbre de firmar sus diseños como si de obras de arte se tratara, desde luego el costo es elevadísimo, llegando a pagarse por un solo vestido, de este diseñador, hasta 3,000 pesos mexicanos.¹² Por supuesto, las damas mexicanas no dudan en comprar estos costosos trajes, especialmente los de noche, rivalizando en elegancia con cualquier dama europea y sin estar atrasadas en la moda más lo que dura el trayecto de un viaje desde París, es decir, no más allá de dos meses.

Entre las damas más elegantes de la capital se encuentra la señora Concepción Lizardi de Del Valle, dama de palacio de la emperatriz, quien vivió en Inglaterra y es punto de referencia del buen gusto en el vestir, conocida por ser la primera en salir a la calle con el último estilo de sombrero, o gorro como se le llamaba entonces, o de manteleta. Igualmente se distinguen las señoras: Dolores Osio de Sánchez Navarro, Faustina Gutiérrez Estrada de Arrigunaga, Manuela Gutiérrez Estrada del Barrio, estas últimas con propiedades en Yucatán y todas ellas también damas de la emperatriz. Lo mismo una señora conocida por elegante, es la llamada mariscala Pepita Peña y Azcárate de Bazaine, esposa del general jefe del cuerpo expedicionario.

Ya vestidos tanto el señor como la señora, están listos para el almuerzo que es alrededor de las 12 del día, y está compuesto por alimentos del país, es decir sopa de fideo o de arroz, mole, puchero, guisos nacionales como el adobo o estofado, enchiladas, frijoles *etcétera*, sin faltar desde luego las tortillas y el pulque. Y si bien los ricos no desdeñan todavía los platillos nacionales, es bien cierto que cada vez era más común, y estaba más de moda, que se copiaran platos franceses, como las sopas, los volovanes, los pasteles y por supuesto el vino en la mesa que se consume en ocasiones importantes. Después es la hora de hacer visitas, para lo cual se requiere el coche, ya sea abierto o cerrado, según el clima, el gusto o la apetencia de los dueños. Se usan regularmente los coches ingleses, y algunos hechos en el país, más pesados, con paneles dorados o blasonados, pero todos tirados por mulas que se consideran más resistentes, los caballos son solo para montar u en ocasiones muy especiales.

¹² Virginia Armella de Aspe, 1988, pp. 112-114. Ejemplos de vestidos hechos por este modisto se encuentran en este libro, y pertenecieron a doña Concepción Lizardi de Del Valle.

La agitación en las calles del comercio de lujo es más intensa en estas horas del día, a lo cual algunas damas asisten a pie, teniendo que librar el gran número de vendedores y de lagartijos que se apostan en la calle para ver su paso, lanzar algún piropo o seguir las a corta distancia. Costumbre que sorprende a los anglosajones, como a los estadounidenses, pues en su país nadie se detiene a mirar, pudiendo decir que para ellos era una pérdida de tiempo. La calle de Plateros, como hemos dicho, es el lugar en donde se encuentran las tiendas más afamadas, pues además de las casas de modistas, es ahí donde se puede visitar la perfumería del viejo judío Lubin, que presume de tener 174 esencias, como las de jazmín, rosas, violetas o madera.¹³ También se encuentran los almacenes franceses como el Puerto de Liverpool, El Arco Iris, La Sorpresa, y otros más.¹⁴ En todos estos almacenes se pueden encontrar, además de diversas telas, *albums* para fotografías o poesías, abanicos, guantes, objetos de carey y de marfil, pañuelos, trajes para niños, cuchillería fina, etcétera. También se encuentra en esa calle la joyería del Sr. Baulot, en donde se exhiben sarcillos y medallones de oro, aderezos de diamantes con incrustaciones de rubíes o esmeraldas, o collares de perlas, además de relojes, prendedores y pulseras de formas excéntricas. En esa misma tienda se podían encontrar otros mil objetos de exquisito gusto, como relojes de mesa, lámparas, espejos y servicios de mesa de la fábrica “Cristofle y Ca.”¹⁵ Es el momento también para que algunos caballeros elegantes compren chucherías, como cadenas y tabacos en las calles de Monterilla o se distraigan en los cafés como el de Fulcheri, en la calle del Refugio, o en el de los hoteles como la Gran Sociedad en la calle del Espíritu Santo o el de Iturbide, también en Plateros, en donde además de comer y tomar algo se puede disfrutar de una partida de billar. Sitios de reunión de la juventud dorada formada por jóvenes pendencieros, conocidos entonces como “calaveras”, donde se cuentan lances amorosos e historias de todo tipo y que ahora comparten con oficiales franceses, austriacos, belgas y hasta polacos.

¹³ Para la descripción de las tiendas hemos tomado los artículos de M. F. de Jáuregui, 1993, tomo I, p. 86.

¹⁴ *Directorio del comercio...*, 1992, p. 295-296

¹⁵ M. F. de Jáuregui, 1993, p. 126

Paseos, bailes y diversiones del gran mundo

Entre las 5 y 6 de la tarde los elegantes se dirigen al Paseo, que en este caso es el de Bucareli, —creado por el virrey del mismo nombre desde 1778—, una larga y ancha avenida (que iba aproximadamente desde la actual calle de Puente de Alvarado, hasta lo que hoy será Avenida Chapultepec y Cuauhtémoc), orlada por cuatro filas de árboles malváceos y mal cuidados, además de partes llenas de hoyancos y piedras pero que los distintos gobiernos han tratado de ornamentar, pues además de la estatua de la Libertad, donde ahora está el reloj chino, desde 1852, se instaló la estatua ecuestre de Carlos IV, en la glorieta que está frente a la Plaza de Toros, en el cruce actual del Paseo de la Reforma. Este último paseo será precisamente el que manda a construir Maximiliano desde el Castillo de Chapultepec, llamándose Calzada del Emperador, pero que no verá concluir y se pondrá de moda hasta el Porfiriato. El viejo Paseo de Bucareli, como un ejemplo más de los cambios y permanencias, verá su último esplendor en el Imperio, y para Carlota, con un poco de buena intención, le “hace pensar en los Campos Elíseos”.¹⁶ Lo cierto es que es imprescindible la asistencia a este paseo al que es necesario ir en coche o carrozas, la mayoría cerradas, aunque hay algunas carretelas abiertas por los dos lados, de portezuelas con vidrios, aunque a decir de la condesa Kolonitz, los equipos son feos, faltos de gusto, pues van tiradas por dos mulos desiguales, en otras por un gran mulo y un pequeño caballo, y muy raramente por dos caballos,¹⁷ por supuesto los cocheros y lacayos con libreas dan cierto lujo a algunos, que los distinguen de los coches de alquiler que también frecuentan el lugar.

Había en las avenidas soldados de trecho en trecho que cuidaban el orden, al igual que los vendedores ambulantes que se apostaban a los lados para vender cualquier golosina. Pero pese a estos defectos a los ojos europeos, las largas filas de carrozas se agolpaban en el camino y después de dar dos o tres vueltas los coches se detenían en distintos lugares, formando semicírculos fuera de la calzada y desde ahí sus ocupantes veían pasar el desfile. Casi todos los que van en los coches se conocen poco o mucho entre sí y permite los saludos entre la multitud que desfila, en ocasiones las pláticas son de coche en coche, fuera de la calzada. Al Paseo las damas asistían con grandes atavíos vespertinos, escotadas con flores y joyas en la cabeza, llevan a sus niños mayores e incluso a los bebés

¹⁶ Carta de Carlota a la emperatriz Eugenia de Montijo, 18 de junio de 1864, citado por F. Ibarra de Anda, 1958, p. 99.

¹⁷ Paula Kolonitz, 1984, pp. 103-104.

en brazos de alguna nana. Los hombres en su mayoría iban a caballo y, para espectáculo de los europeos, vistiendo el traje nacional, que era con calzonera de cuero, chaqueta oscura y botonadura de plata, además de sombrero ancho con toquillas o cordones de oro, la silla estaba también suntuosamente recamada en oro y plata con el sarape mexicano. Representaba este traje, al igual que el de las damas en la mañana con la mantilla, un signo de identidad y de orgullo nacional. Algunos caballeros llevan sobre la frente del caballo una banderola con el nombre de su novia; y también en esta multitud se mezclaban ahora oficiales franceses, belgas, austriacos e incluso húngaros, que no desdeñaban trotar a caballo e igualmente lanzar miradas a algunas de las damas jóvenes que llenan los carruajes. En la Cuaresma se prefiere el Paseo de la Viga, que se encontraba en donde ahora termina la calzada de Anillo de Circunvalación y Fray Servando, y llegaba hasta Santa Anita. Paseo orlado por árboles, como los sauces, que daba una agradable sombra, pero que a pesar de no tener glorietas con monumentos tenía el atractivo del canal, por donde desfilaban las canoas de gente del pueblo que se divertía de otra manera más alegre.

A las siete hay cambio de decorado y a menudo de traje, pues todos han regresado a sus casas para cambiarse y rematar el día con alguna de las tres opciones que se presentan en la noche: tertulia en alguna casa particular, asistencia al teatro o un gran baile que ahora se han puesto de moda con gran gusto de la juventud. A excepción de las tertulias familiares en los otros dos casos, el lujo en el vestir es casi obligatorio, para las damas trajes de noche escotados, comúnmente de telas ligeras como el tul o la muselina, llenas de encajes y aplicaciones de terciopelo, además de joyas en el cuello, en la cabeza, en los brazos, en los dedos e incluso en el vestido mismo, pues la ostentación es algo que distingue a las mexicanas. Al igual que los vestidos de día, la ancha crinolina daba un aspecto majestuoso con largas colas que limpiaban el suelo y llevaba por supuesto también un buen tiempo realizar el peinado, si no es que ya se había hecho. Los caballeros usan frac color oscuro, sobre albas camisas que hacen contraste y el sombrero de copa como complemento. Pero ahora estaban de moda los uniformes militares de los diferentes cuerpos del ejército, y tanto en el Paseo, como en algunas reuniones de la noche, los oficiales lucen las distintas chaquetas de ulanos o húsares húngaros, zuavos franceses, oficiales de artillería y caballería belga, además de oficiales del ejército mexicano imperialista que daban un aspecto peculiar a estas reuniones.

Las tertulias se realizan en casas particulares y son invitados los conocidos de la familia, que a su vez pueden invitar a algún otro amigo. Se acostumbra recibir en los salones bellamente iluminados un día a la semana, en estos

lugares las señoras presidían la reunión; la señora Dolores Pimentel de Galindo, recibía, por ejemplo, los sábados cada quince días;¹⁸ la señora Concepción Cuevas de Martínez de la Torre los martes, igual cada quince días; otras damas acostumbraban a recibir cada semana como la señora Dolores Quesada de Almonte, dama de la emperatriz, a la cual frecuentaban sobre todo políticos conservadores y oficiales franceses, lo mismo que el salón de la mariscal Bazine. Pero los salones que buscaba mayormente la aristocracia eran los de los diplomáticos extranjeros, como el del embajador inglés y su hija, que recibían los miércoles en la calle de la Cadena número 19;¹⁹ o la familia del marqués de Motholon, embajadores de Francia, que recibían los jueves. Regularmente en estas reuniones, mientras se ofrecían pasteles, refrescos y licores, alguna señora tocaba y cantaba alguna pieza de moda, pues era común que la buena educación implicara tocar el piano; se jugaba a las cartas, se charlaba de asuntos de moda y algunos jóvenes improvisaban un baile. Sólo en algunas ocasiones especiales se contrataba una orquesta, pues para los bailes de gran tono se necesitaban locales especiales mucho más amplios como para contener una multitud.

Durante el Imperio todavía era común que en los salones de la Lonja, localizado debajo de las oficinas del Ayuntamiento, se organizaran bailes para sus miembros y suscriptores, lo mismo que en el Casino Español y el Teatro Nacional, donde se quitaban las butacas del patio y se adaptaba como salón de baile. En estos eventos se gastaba mucho dinero, pues además de las bebidas se ofrecía una cena a todos los asistentes y las damas aprovechaban para lucir sus costosos vestidos y joyas, anotando en su carnet de baile el nombre de los caballeros que habían pedido alguna pieza para bailar. Pero ninguna tertulia podría rivalizar con las que ahora daba la emperatriz Carlota los lunes, conocidos precisamente como “los lunes de la emperatriz”, en Palacio Nacional. Para asistir a estos bailes se repartían anticipadamente invitaciones, alternando cada vez diferentes familias, y con ello dando oportunidad de que asistieran el mayor número de personas. A las siete de la noche comenzaban a darse paso a los carruajes de los invitados, los cuales entraban por la puerta del ala sur, en las actuales áreas presidenciales, y se detenían frente a la escalera de honor, magníficamente iluminada y alfombrada; allí los chambelanes de la corte, formada por caballeros de la más alta alcurnia, como don Antonio Morán, marqués de Vivanco, Pedro Elguero, Felipe Raigosa, Manuel de Mier y Celis o el mismo

¹⁸ *La corte de Maximiliano. Cartas de don Ignacio Algara, que publica por primera vez, con advertencia y notas don Manuel Romero de Terreros, 1938, p. 68.*

¹⁹ *Idem.*

conde del Valle don Antonio Suárez de Peredo, recibían a las damas y las conducían al guardarropa, para después llevarlas al gran salón de embajadores. Una legión de ujieres estaba destinada a recibir a los caballeros y conducirlos a otro guardarropa. Los emperadores se presentaban a las ocho de la noche en punto en el Salón Iturbide, contiguo al de embajadores donde ya esperaban los ministros, funcionarios, altos jefes del ejército e invitados extranjeros para ser presentados a los soberanos; terminado esto, los emperadores pasaban al gran salón de embajadores, ya para entonces, las damas y los caballeros formaban valla a lo largo del salón, las damas en primera fila y los caballeros detrás.²⁰

En el fondo del salón se hallaba el trono, bajo dosel de terciopelo rojo rematado por una corona imperial de gran tamaño. A ambos lados del trono, dos guardias palatinos, portando sus alabardas, inmóviles, vigilaban como estatuas. El resto de la guardia imperial estaba convenientemente distribuida por salones y corredores. En la mayoría de los casos, la emperatriz sola era quien presidía estos bailes, pues en muchas ocasiones Maximiliano se rehusaba a asistir o estaba de viaje. Los bailes comenzaban con “Las Cuadrillas” que bailaban primero los emperadores y los chambelanes y damas de Palacio con oficiales del ejército, ministros mexicanos o extranjeros, terminadas “Las Cuadrillas” comenzaba el baile para todos, mientras los soberanos se entretenían en conversar con algunos concurrentes.²¹

A las once de la noche se servía la cena en la vajilla, hecha traer especialmente de Sevres con el monograma imperial. Se servían exquisitas viandas rociadas con vinos importados especiales de champaña rosa, carísimo y muy de moda entonces. A la una de la mañana, los secretarios del maestro de ceremonias anunciaban que sus majestades se retiraban a descansar, lo cual en otras palabras quería decir que el baile había terminado. Los soberanos atravesaban nuevamente del brazo a lo largo del salón, repartiendo sonrisas o inclinaciones de cabeza. Antes de retirarse los invitados, a la entrada de la escalera, los ujieres gritaban el nombre de los que bajaban, a fin de que los respectivos carruajes acudieran por sus dueños; entretanto, otros ujieres ofrecían, sobre bandeja de plata, vasos de ponche caliente o de vino, a los que se retiraban. Estos eran los bailes semanales y no los de gala, que a los mexicanos les sorprendía por el lujo que se derrochaba.²² Fue tanta la actividad social durante el imperio, que algunas jóvenes de buena familia decían que ya se cansaban de tantos bailes,

²⁰ F. Ibarra de Anda, 1958, pp. 111-112.

²¹ *Ibidem*, p. 112.

²² *Ibidem*, p. 112-113

pues incluso el general Bazaine ofreció también en su Palacio de San Cosme algunos de estos divertimentos a la sociedad mexicana. Y a todos estos bailes las señoritas siempre iban acompañadas, bajo la atenta mirada de sus madres, hermanos, tías o algún otro pariente.

Pero si no se asistía a una tertulia o un gran baile, los elegantes siempre tenían la opción de concurrir a algunos de los teatros que se encontraban en la ciudad, ya sea el viejo Teatro Principal, el de Iturbide, (que ahora es sede de la Asamblea de representantes del Distrito Federal) o el elegante teatro nacional, ahora bautizado como Teatro Imperial, situado en la calle de Vergara, hoy Bolívar, y donde se podía apreciar una comedia de enredos, un drama de algún conocido artista español, como Bretón de los Herreros, o incluso asistir a las temporadas de ópera que se daban frecuentemente, en este caso por la soprano mexicana Ángela Peralta, quien llegó a México en esos años. Desde luego los palcos de platea, los primeros y los segundos, eran donde lucían a las señoras más elegantes, pues estos palcos eran alquilados anualmente y se pagaba la renta aunque no se asistiera. Era común llevar binoculares para repasar no solo a los actores en el escenario, sino también observar a todos los asistentes. La iluminación era riquísima con el gran plafón que coronaba el techo, y también se acostumbraba llevar helados o bebidas a estos aposentos. Desde luego el lujo que mostraban las damas era igual que en los bailes de gran etiqueta, y se aprovechaba para llevar las joyas. Muchos niños acompañaban a sus padres a estos eventos, la condesa de Kolonitz, nuevamente critica que “[...] estas pequeñas criaturas apenas llegan a los ocho o nueve años, se les condena a ocupar un puesto en el teatro, donde cubiertas de flores artificiales (las niñas en este caso), luchaban a veces contra el sueño pues estaban hasta la medianoche”,²³ y por eso no le sorprende que algunos murieran muy jóvenes.

No sabemos si todas las familias acostumbraban llevar a sus hijos pequeños, lo cierto es que en todos estos eventos, de bailes, tertulias, paseos o asistencia al teatro, daban a las jóvenes la oportunidad de alternar con los oficiales de los ejércitos extranjeros, ya fueran franceses, belgas, austriacos, húngaros o incluso de otras nacionalidades, de los que abundaban en la ciudad imperial y que pronto sucumbieron a los encantos y bellezas de las mujeres del país invadido. Aunque la condesa Kolonitz, menciona que no había mayor encomio para la virtud de las mexicanas que la queja y el descontento de los franceses, pues decían que “no existían para nosotros”, lo cierto es que la misma condesa reconocía que “[...] algunas jóvenes prestaban fácil oído a las insinuaciones de

²³ Paula Kolonitz, 1984, p. 106.

los franceses, contra el parecer de sus madres; con frecuencia había entre en las familias choques dolorosos y hasta duelos entre los hermanos de las chicas y los indiscretos invasores [...] a los cuales tal modo de insinuarse en la simpatía de las jóvenes de buen linaje era nuevo y fastidioso, sacando el sustantivo español de novio por el de *novioter*. La *capitaine un tel noviotte, mademoiselle* Lupita o Concha, es allá una expresión usadísima”.²⁴ Prueba de estos enlaces lo era la esposa del general Bazaine, Pepita Peña, pero hubo otros como el de Ángela Adalid, casada con un austriaco apellidado Trisch; y el romance clandestino de Leonor Rivas, casada con el señor Torres Adalid, que tuvo con el príncipe húngaro Carl de Khevenhüller Metsch, del cual llegó incluso a tener un hijo, que se mantuvo durante mucho tiempo en secreto. También fue conocidísimo el caso de la señorita Enriqueta Cervantes, de buena familia, que, aunque no sabemos si la de los conde de Santiago de Calimaya, escenificó un pleito a golpes nada menos que en la misma Alameda central, por los amores de un francés, y que el mismo periódico *La Orquesta* sacó en un número, dado el interés de muchos mexicanos por el suceso. Desde luego estos casos no fueron los únicos seguramente hubo muchos más de los que no ha quedado registro.

Casas de campo cerca de la ciudad

Para dar una idea de la vida elegante en la capital, no podemos dejar de mencionar las actividades que tenían los ricos en sus casas de campo, en los pueblos cercanos, y que, aunque en términos estrictos no estaban en la ciudad, eran parte de toda esta vida de lujo y comodidades de alta sociedad. Sobre todo en los meses de verano, entre abril y julio, cuando el calor llegaba a su punto más álgido y algunas enfermedades se esparcían, como el sarampión o la viruela, muchas familias se iban a “mudar de temperamento”, como se decía entonces, a sus casas de los pueblos, como Mixcoac, San Ángel, Coyoacán, Tizapan, pero sobre todo Tacubaya, que desde antes de la Independencia se había convertido en el sitio ideal para las residencias veraniegas. Era bien conocido que las casas más lujosas se encontraban en este pueblo, como la del arzobispo de México, Labastida, pero también la de Jamisson, las de las familias Beistegui, Mora, Escandón y Barrón; todas con amplios jardines o parques aristocráticos. Y si bien en la ciudad el estilo de las residencias era todavía antiguo, será en estas mansiones donde empezaron a importar nuevas formas arquitectónicas, con

²⁴ *Ibidem*, pp. 109-110

palacetes estilo italiano, como las de los Escandón, o imitando algún palacio francés, que eran sólo el anticipo de lo que se hará en el porfiriato y las residencias de estilos y distribución de espacios totalmente nuevos hasta entonces. A diferencia de las casas de la ciudad, el atractivo eran los amplios jardines que se encontraban rodeando la casa, como la de los Barrón, que ahora es el Parque Lira, con amplios prados, parterres, espacios para infinidad de flores, fuentes y arbustos trabajados por jardineros ingleses. Algunas como la de Escandón tenían alberca o espacios para jugar billar o pelotas, pero donde el lujo no cedía, a decir de la Kolonitz “[...] las estancias están llenas de mesas talladas y doradas pomposamente y cuyas cubiertas son de mármol [...] Espejos venecianos raros por su belleza, muebles de palisandro adornados con bronce, grandiosos grupos de porcelana de Sax [...]”.²⁵ Especialmente los fines de semana esta familia recibía invitados y se organizaban varias actividades, en las que no faltaba un poco de baile y el que cantara alguna señora, como lo hacía Dolores Garmendia de Elguero, a la cual se le pedía cantara la habanera conocida como “Los huérfanos”.

Ignacio Manuel Altamirano destacaba que, a diferencia de otros pueblos, como el de San Ángel, en Tacubaya el refinamiento no cedía y “[...] solo se toma de los parques y de los jardines el aire puro, para dar vida a los cansados pulmones. Allí se comen hígados de ganso, trufas y ostras, se bebe vino del Rhin, Champagne y ron de Jamaica, se juega en grande y se hacen combinaciones políticas y mercantiles [...] En los parques de Tacubaya se encuentran lacayos de librea, se pasea todavía en carruaje y se divierten las gentes con circunspección y tiesura... de modo que Tacubaya no es más que la decoración teatral, mientras que San Ángel es la realidad del campo”.²⁶ Otra ventaja de este pueblo era el hecho de que se había inaugurado una línea de ferrocarril haciendo más rápido el viaje.

Hasta donde sabemos, ninguna casa, ni de la ciudad ni de los pueblos cercanos, fue visitada por los emperadores, tanto porque la etiqueta no lo permitía como por no aparentar cualquier favoritismo hacia alguien en especial (no así las haciendas). Pese a ello, la gran influencia que dejó la Intervención Francesa y el Segundo Imperio en la vida cotidiana de la alta sociedad será importante y su impacto como oleadas en el tiempo llegará hasta el porfiriato y pocos serán conscientes de esto.

²⁵ *Ibidem*, p. 130.

²⁶ Ignacio Manuel Altamirano, 1993, tomo I, p. 353.

Bibliografía

- Altamirano, Ignacio Manuel, “Crónicas de la Semana”, en *El Renacimiento, periódico literario*, [edición facsimilar, 1869], tomo I. México: Coordinación de Humanidades, UNAM, 1993, p. 353.
- Armella de Aspe, Virginia, “El traje civil”, en *La Historia de México a través de su indumentaria*. México: Inbursa, 1988, pp. 112-114.
- Arroniz, Marcos. *Manual del viajero en México*. [París, Librería de Rosa y Bouret, 1858], edición facsimilar. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991.
- La corte de Maximiliano, Cartas de don Ignacio Algara, que publica por primera vez, con advertencia y notas don Manuel Romero de Terreros*. México: Polis, 1938.
- Directorio del Comercio del Imperio Mexicano*. México: Eugenio Maillefert, [1867], edición facsimilar del Instituto Mora, 1992, p. 294.
- Grecia, Miguel de. *La emperatriz del Adiós. El trágico destino del emperador Maximiliano y su mujer Carlota*. Barcelona: Plaza y Janés, 1999.
- Ibarra de Anda, F., *Carlota Infidelidades de Maximiliano*. México: Populibros “La Prensa”.
- Jáuregui, M. F. de, “Revista de Almacenes y de Moda”, en *El Renacimiento, periódico literario*, [1869], edición facsimilar, tomo I. México: Coordinación de Humanidades, UNAM, 1993, p. 86.
- Kolonitz, Paula, *Un viaje a México en 1864*. Traducción de Naftalí Beltrán, prólogo de Luis G. Zorrilla. México: SEP/FCE, 1984 (Colección Lecturas Mexicanas, número 41).
- Valadés, José C., *Maximiliano y Carlota en México*. México: Editorial Diana, 1977.